

Respuesta a Robert Service

Camaradas, un alegato anticomunista

Por Antonio Liz

Se viene de publicar en español un nuevo libro de Robert Service, académico británico especialista en la historia de la extinta Unión Soviética y de la actual Federación Rusa. Este texto, *Camaradas. Breve historia del comunismo*, Ediciones B, S.A, Barcelona 2009, de 782 páginas, pretende ser una visión general del “comunismo”.

Dos aclaraciones

La crítica del texto la he ido haciendo al compás de su lectura. Me he ceñido siempre al guión de la obra del propio autor para analizar lo que él dice, anotando además algunas de sus omisiones o deformaciones. Es una crítica sistemática del contenido esencial del texto ya que lo he trabajado en una secuencia continuada de principio a fin. Mis decires brotan de sus opiniones. Al final extraigo unas conclusiones sobre el proceso histórico y sobre el ser y proceder del propio autor.

Robert Service es un historiador académico que ya conocía bastante bien por haberle leído sus biografías de Lenin y Stalin y su *Historia de Rusia en el siglo XX*. Su proceder historiográfico no se sustenta ni en una sólida explicación causal ni en un buen nivel teórico, no obstante sus obras son rápidamente traducidas al español en lo que entiendo como una interesada vulgarización mediática que hay que enfrentar.

Crítica del texto

El autor nos informa que en la universidad de su tiempo (y de su clase) “las discusiones sobre si el comunismo era inherentemente despótico o potencialmente liberador eran

interminables. Este libro constituye un intento de responder a esta cuestión fundamental y a otras muchas” (p.10). La respuesta va a ser clara ya en el prólogo donde se hace la siguiente amalgama: “desde Lenin a Pol Pot y Fidel Castro” (p.21). Equipar al asesino de masas Pol Pot con los revolucionarios Lenin y Fidel supone todo un alarde analítico. No es de extrañar este ejercicio reflexivo ya que desde el primer momento se equipara de forma clara stalinismo con “comunismo”. Así, para que no quepan dudas, el proceder del stalinismo se vincula directamente con los propios fundadores del marxismo: “algunos culparon a las doctrinas originales de Marx y Engels. Hay mucho de verdad en ello. Los padres fundadores veían la fuerza como la comadrona del progreso histórico y nunca se detuvieron ante la perspectiva de la dictadura, el terror y la guerra civil” (p.25). Aquí parece como que la represión de la Comuna de París la hicieron Marx y Engels y que los bolcheviques-leninistas exterminados por el stalinismo en Kolyma y Vorkuta eran discípulos de san Pedro. No es de extrañar por tanto que para el autor sea una verdad consagrada que Stalin fue el continuador de Lenin: “algunos sugirieron que los comunismos de Lenin y Stalin eran como el día y la noche: otros –entre los que me cuento- han sostenido que los cimientos del orden soviético se establecieron con Lenin y permanecieron sin reformar bajo sus sucesores hasta finales de la década de 1980” (p.279).

Ya en el prólogo nuestro docto académico es contundente en su distorsión del proceso histórico, tomemos como ejemplo esta afirmación: “En 1941, cuando el Tercer Reich atacó la URSS, el bebé había llegado a una poderosa madurez y repelió las tropas de Hitler” (p.18). Esta afirmación nos documenta algo que va a formar parte del *modus operandi* del autor: las afirmaciones gratuitas. Hoy es archisabido todo lo contrario, que la Unión Soviética estaba en una situación de extrema debilidad cuando sufrió el ataque nazi porque Stalin había liquidado al Estado Mayor del Ejército Rojo y a la mitad de sus cuadros intermedios, hecho que posibilitó que el ejército hitleriano no sólo pudiera invadir la URSS sino que entrara en ella como Pedro por su casa hasta llegar a la línea Leningrado-Moscú-Stalingrado, lo que

supuso una catástrofe humana y económica para el pueblo soviético.

La distorsión del proceso histórico continúa: “la reacción de los bolcheviques era recurrir a la fuerza ante el menor obstáculo, y los obstáculos fueron enormes después de la Revolución de Octubre” (p.25). Efectivamente, los obstáculos fueron enormes, gigantescos, pero el autor no dice que la causa de esos obstáculos fue la guerra civil en la Rusia soviética propiciada por las “democracias” que profundizó la hecatombe económica y humana empezada en la Primera Guerra Mundial por los países “civilizados”.

Esta otra afirmación nos dice mucho del cariño que siente el autor por la teoría: “los comunistas mismos siempre adoraron la discusión” (p. 19). Caramba, que a un historiador se le tenga que informar que la teoría es, en todas las ciencias, una guía para la acción es algo doloroso ya que él es el que le debería explicar al lector que las discusiones políticas entre afines sirven para elegir el camino político, la táctica adecuada al momento histórico dado. Además, recordarle que era precisamente Stalin quien decía que el partido no era un club de discusión, curiosa coincidencia.

Ya hacia el final del prólogo el propio académico nos informa casi francamente de las intenciones de su estudio, vilipendiar el comunismo y matar las esperanzas: “a todos los comunistas les enseñaron a subestimar la capacidad de autorregeneración del capitalismo y a exagerar el potencial de la clase obrera para actuar como salvadora del planeta. Eran prisioneros de sus propios delirios” (p.26). Así, luchar para transformar el mundo es un “delirio” y la esperanza de un sano liderazgo planetario habrá que seguir depositándola en la misma clase social que ha provocado las dos guerras mundiales, que ha tirado las dos bombas atómicas, que sumerge periódicamente a la humanidad en crisis económicas, que hace de la corrupción un estilo de vida y que está convirtiendo el planeta en un estercolero. Una vanguardista reflexión académica.

Sólo pasar el prólogo y nuestro docto académico se vuelve inmisericorde no sólo con los fundadores del marxismo sino con todos aquellos que en su día aspiraron a una sociedad basada en la justicia social. No es que critique la carga utópica o el proceder

táctico sino el propio estado de rebelión espiritual ante las injusticias. El autor querría cercenar de una vez por todas la rebelión contra la propiedad privada y las jerarquías sociales, tal es el deseo que brota de su pluma. De aquí que cargue con todo el equipo contra los *niveladores* y *cavadores* de la Revolución inglesa del siglo XVII por tener la osadía de auspiciar “planes para redistribuir la propiedad sobre una base igualitaria” (p.35), algo que, afortunadamente, Cromwell no toleró ya “que nunca dejó de proteger los intereses de terratenientes y comerciantes” (p.35). Pero si estos y otros *niveladores* fueron derrotados, con Marx y Engels “el mesianismo había vuelto a abrirse paso” (p.40). El académico está a punto de gritar, *¡es qué nunca van a dejar de rebelarse los oprimidos!*

El capítulo dedicado a Marx y Engels se despacha con trivialidades y mala uva, en vano se encontrará una básica reflexión de su proceder epistemológico y político. Así, de Marx dirá, por ejemplo, que “era experto en evitar las facturas de los comerciantes. También era un jovial gorrón” (p.47). Una forma muy peculiar de informar sobre la miseria material de buena parte de la vida de Marx que fue debida a no poner su genio al servicio de la burguesía. Sobre Engels descargará el autor su clasista conservadurismo al anotar que “según los cánones de la moralidad victoriana era un poco canalla, y durante años vivió con su amante Lizzie Burns” (p. 53). Claro, el insigne académico no distingue entre una compañera y una amante, sobre todo si aquella es una trabajadora y no una burguesa, además de guardarse de informar al lector que terminaron casándose. Pero esta distinción sí la hacía Engels, que decía esto en una carta escrita 14 años después de la muerte de su compañera: era “una auténtica proletaria irlandesa, y los sentimientos apasionados de aquella mujer por la clase a la que pertenecía y que le eran innatos valían para mí mil veces más que toda la sutileza de ingenio y toda la arrogancia que hubiera podido encontrar en cualquier señorita «culta» y «sentimental», hija de la burguesía”. Con la misma altura de miras trata el comportamiento intelectual de los padres del marxismo ya que, según el académico, “propagaron una imagen de sí mismos como los únicos analistas científicos de la modernidad, lo cual equivalía a reivindicar la infalibilidad

intelectual” por lo cual “animaron activamente la devoción” (p.54). Obviamente, los discípulos que tendrán será porque “el marxismo ofreció desde el punto de partida un refugio a la clase de intelectuales que en la Edad Media habían discutido cuántos ángeles podían sostenerse en la cabeza de una aguja” (p.55). Una forma académica muy certera de resumir las dotes intelectuales de discípulos de Marx y Engels tales como Lenin, Trotsky y Rosa Luxemburgo. Qué duda cabe, el lector encontrará en las profundas reflexiones del docto académico un inmenso pozo de sabiduría. Y por supuesto, “las ideas de Marx y Engels contenían de hecho semillas de opresión y explotación bajo un régimen marxista revolucionario” (p.56). Con esta metodología de la descalificación apriorística es lógico que la férrea amistad que hubo entre Marx y Engels, de la que Franz Mehring dijo que “constituye una alianza sin par en la historia de todos los tiempos”, no le sirva al eminente académico ni para un somero comentario. Pero fue esta indestructible amistad la que le permitió a Marx elaborar *El Capital*, como él mismo se lo dice a Engels el 16 de agosto de 1867: “este tomo está, por tanto, listo. Y esto ha sido posible gracias a ti. Sin lo que tú te sacrificaste por mí, jamás hubiera podido realizar los inmensos trabajos para los tres volúmenes. Te abrazo, lleno de agradecimiento. ¡Salud, amigo mío, mi caro amigo!”. Claro, el docto académico no valora en lo que vale esta amistad porque no comprende, a juzgar por lo que dice y omite en su libro, que la obra cumbre de Marx significó un antes y un después para la lucha del movimiento obrero y para el desarrollo de las ciencias sociales.

Cuando el autor entra en los prolegómenos del marxismo en la Rusia zarista va “preparando” al lector: “el movimiento revolucionario (...) se quedó fijado en la «teoría» (...). Había asimismo una tendencia interna a ensalzar al líder de cualquier organización revolucionaria. A algunos dirigentes les encantó el elogio y reprimieron despiadadamente cualquier oposición” (p.77). Así, lo que vendrá sólo puede ser algo zafio, producto de excesos teóricos y egocentrismos. En este panorama sólo la policía política zarista, “la Ojranka cumplió su cometido con impresionante eficacia” (p.77), de lo cual el autor se alegra, según nos informa el contexto narrativo. Cuando se refiere por primera

vez al padre del marxismo ruso lo hace en un tono absolutamente despectivo: “un tal Gueorgui Plejánov” (p.78). Para explicar la introducción del marxismo en la intelligentsia de la Rusia zarista no se le ocurre decir otra cosa que “el hecho de que Marx no apreciara sus esfuerzos como marxistas no los descorazonó. Se habían contagiado de fe y extenderían el evangelio del marxismo” (pp.78-79). No explica absolutamente nada de lo que se debatió y acordó en el segundo congreso del POSDR, por lo que las dos grandes fracciones del movimiento socialdemócrata ruso le caen al lector del cielo metafísico del docto académico: gente discutidora. Y “¿quién era este tal Lenin?”, el líder de los bolcheviques, pues un “fraccionario alborotador” de “métodos turbios” (pp.79-80). Cuando los personajes históricos entran en escena lo hacen repentinamente, sin ton ni son. Así, la primera vez que menciona a Trotski lo hace aparecer en escena de esta manera: “ahora su propio protegido, Liev Trotski, se mofaba de él” (de Lenin) (p.79). Como va a ser metodológico en el docto autor, una narrativa preparada exclusivamente para la descalificación no para la explicación.

En vano buscará el lector una explicación de la Revolución rusa de 1905, a la que apenas le dedica un párrafo de tópicos. Ya en la etapa del exilio se posiciona rápidamente con los mencheviques para enfrentar a Lenin aunque para ello tenga que incurrir en contradicciones narrativas elementales como decir B donde había dicho A. Véase un ejemplo: los mencheviques “no tenían intención de establecer una dictadura de clase como la que pretendía Lenin. Interpretaban la frase más como probablemente la habían entendido Marx y Engels” (p.83). Aquí los mencheviques estarían más cercanos a los padres del marxismo. Ahora bien, en la pagina siguiente, para descalificar como violentos a la vez a Marx, Engels y al propio Lenin el autor nos dice que Lenin “de hecho, en su propia idiosincrasia, no podría haber sido más leal a las doctrinas y obras de Marx y Engels. Los cofundadores del marxismo habían aprobado la revolución violenta, la dictadura y el terror, habían predicho y esperado la «dictadura del proletariado»” (p.84). ¿En qué quedamos? No importa el brutal antagonismo narrativo del propio autor ya que lo que interesa es la descalificación: primero a Lenin ante los

mencheviques y después a los fundadores del marxismo y a Lenin a la vez. Más adelante volverá sobre el mismo tema y con la misma metodología, variar la posición según interés: “Lenin había buscado pruebas de que Marx y Engels creían en la revolución violenta y la dictadura del proletariado (...). Marx y Engels no habían tenido en realidad una posición fija respecto a la revolución violenta y la dictadura del proletariado. No obstante, habían escrito con frecuencia respecto a la violencia, y al parecer Marx usaba frases como «la dictadura del proletariado»” (p.96). Y aún tiene la alegría de añadir que los análisis de Lenin “se apoyaban en un tratamiento altamente selectivo de los escritos inconsistentes de sus héroes intelectuales” (p. 97).

Hay que insistir para descalificar a Lenin, que es la forma de preparar la descalificación de la Revolución bolchevique que está al caer: Lenin “pretendía romper permanentemente con todas las demás facciones y utilizar el movimiento obrero de Rusia para los propósitos políticos del bolchevismo” (p.87). Sea donde sea siempre será Lenin el culpable, como en la reunión de Zimmerwald donde “la unidad no era fácil de lograr, y la culpa era de Lenin” (p. 89). Lógico sólo proponía “excentricidades fanáticas” (p.89), tanto era así que “muchos de sus propios camaradas faccionales pensaban que finalmente había perdido el juicio” (p.89). Más adelante los meterá a todos en el mismo saco diabólico: “los líderes bolcheviques (...) tampoco estaban interesados sólo en el poder y la gloria: su objetivo era alterar las mentes (...). Eran jacobinos con teléfono y ametralladoras. No había existido nadie como ellos en siglos anteriores” (p.102). Así tiene lógica narrativa poder afirmar que “Lenin era un manipulador magistral” (p.158) mientras que “Kérenski tenía un compromiso genuino con la democracia” (p.105), motivo por el que se tuvo que refugiar en la embajada de los EEUU, hecho que al autor se le olvidó mencionar.

Ni una palabra se dirá sobre las causas que llevaron al estallido de la Primera Guerra Mundial. Esta estalla y punto. Eso sí, “era una lucha titánica” (p.88). Como se ve la explicación del fenómeno histórico está elaborada, es narrativamente poderosa. Un poco más de tinta empleará en comunicar la llegada de la Revolución rusa de 1917 pero sin aclarar nada a no ser que se

entienda por tal esta joya reflexiva sobre el proceder del Gobierno Provisional: “los ministros proclamaron un amplio abanico de libertades cívicas. La gente podía charlar, escribir, reunirse y organizarse como gustara” (p.92). La coletilla a este sesudo decir no tiene precio: “existía la esperanza de que estas reformas se vieran retribuidas con la gratitud popular” (p.92). Caramba, ¡qué malos van a ser los soldados y obreros que no les reconocerán al gobierno “democrático” sus desvelos por el pueblo! ¡Ingratos! Fíjense si eran desagradecidos que se movilizaban sin tener en cuenta que “las huelgas complicaban aún más las cosas” (p. 94). Este eminente académico reafirma un bulo de la historiografía conservadora sobre los bolcheviques: “también había algunas pruebas de que los bolcheviques habían recibido dinero de Berlín” (p.94). “Algunas”, ¿cuáles? No se dice, se tira la piedra pero se esconde la mano.

No informa que la conquista del poder en octubre se hizo de manera incruenta, quizá porque le restaría fuerza a la imagen de fanáticos que quiere dar de los bolcheviques. Sobre la guerra civil dirá que “la Asamblea Constituyente y el Sovnarkom estaban en guerra” (p.111). Lo que no explica es cómo la Asamblea Constituyente, si no había tenido fuerza para oponerse a unos pocos guardias, que le dieron una palmadita en el hombro a los señores diputados para comunicarles que cerraban el quiosco, pudo desencadenar la guerra civil. Hombre, decir que las “democracias” (Inglaterra, Francia y EEUU) sufragaban a los contrarrevolucionarios no queda democrático.

En relación a la guerra civil rusa el eminente académico no sólo no dice que esta fue posible por el apoyo que le prestaron a los «blancos» los gobiernos de Inglaterra, Francia y EEUU sino que sugiere que los bolcheviques de haber sido democráticos hubiesen llegado a un acuerdo con los blancos pero que esto no fue así por sus procederes dictatoriales lo que llevó a que “los rojos continuaron luchando con los blancos sobre el terreno hasta que alcanzaron la victoria incondicional” (p.193). Por supuesto, los blancos eran seguidores de una organización pacifista por lo que “las barbaridades de los rojos en la guerra civil con los blancos no se mencionaban” (p.197). Este batiburrillo consciente del autor está diseñado para que el lector no entienda nada de lo

que verdaderamente ocurrió en el proceso histórico, condición indispensable para poderlo manipular.

Para embrollar los desacuerdos que Lenin mantenía con Stalin, primero anota alguno para acto seguido afirmar que “de hecho, los dos hombres no mantenían desacuerdos en cuestiones fundamentales” (p. 144), lo que no explica ni lo que el mismo autor pone a continuación: “al morir el 21 de enero de 1924, los deseos de Lenin se vieron traicionados” (p.144). ¿Si no había desacuerdos fundamentales cómo los deseos de Lenin podían ser traicionados? El lector tiene que acudir al oráculo de Delfos para interpretar al insigne académico. Lector que buscará en vano una explicación a las luchas entre las fracciones del Partido Bolchevique. Tanto es así que en la “troika” archiconocida de Zinóviev, Kaménev y Stalin incluye a Bujarin (“la influyente dirección formada por Zinóviev, Kaménev, Stalin y Bujarin”, p.144), cuando este pasó a formar tándem con Stalin una vez que desapareció el triunvirato. El ínclito académico no está interesado en explicar sino en descalificar de aquí su revoltijo narrativo, parte de su método. Así, cuando afirma “la mayoría de los obreros nunca habían deseado tener nada que ver con el partido comunista” (p. 147), el lector se preguntará ¿entonces por qué fueron capaces de conquistar el poder y de ganar la guerra civil? Afirmaciones de este tipo, puramente gratuitas, son un lugar común en el texto. Hay afirmaciones que ilustran perfectamente el mensaje subliminal del autor: no a la revolución, por muy moderada que esta sea. Véase uno: “la mala disciplina laboral que había caracterizado los lugares de trabajo *desde* la Revolución de Febrero nunca se erradicó” (p.149). El mensaje es claro, la disciplina laboral adecuada para los demócratas era la que había con el zarismo.

Una de tantas afirmaciones gratuitas que el docto académico cuela en su texto de medias verdades es esta: el poeta Vladímir “Mayakosvki produjo su poesía «futurista» con el beneplácito del partido (aunque Trotski quiso que le explicaran sus principios y Lenin simplemente lo odiaba)” (p. 150). ¿Si Lenin odiaba al poeta o al poema, o ambas cosas a la vez, cómo se explica que a la muerte del líder de la Revolución rusa Mayakosvki escribiera un sentido poema que dice cosas como estas?: “Temo que las

procesiones,/ el mausoleo,/ y los homenajes,/ reemplacen la sencillez de Lenin./ Tiemblo por él,/ como por mis propias pupilas,/ para que no profanen su belleza/ con estampas de confitería”. Estampas de confitería historiográfica es lo que utiliza el conocido académico para mancillar la revolución social.

Sobre la Internacional Comunista seguirá volcando frases gratuitas y ningún análisis. De aquí que sea imposible encontrar alguna referencia a sus debates y, mucho menos, buscar la explicación de la evolución de la III Internacional desde su etapa leninista, cuando intentaba ser el Estado Mayor de la revolución socialista, a la etapa stalinista, cuando fue sometida a los dictados de la casta burocrática. Será que al autor le faltó espacio. Del nivel de conocimientos que posee sobre el movimiento comunista, y eso que es su especialidad, nos ilustra el hecho de que afirme que se conocerá “posteriormente como «entrismo»” (p.168) a prácticas de 1925 cuando este concepto, como es bien sabido, se utiliza a partir de 1934 con el “giro francés” cuando Trotsky propone a sus camaradas entrar a militar en los partidos socialistas para no caer en el aislamiento que les imponían los stalinistas.

Querer obtener una idea del proceder de la IC en la Revolución china de 1927 a través de este libro es un imposible. Un lector no avezado se hará un lío y terminará pensando que no se enterará de nada. La cosa es más sencilla, el autor no explica nunca el hilo histórico. Igual de impotente se sentirá el lector ante las Revoluciones alemanas, no podrá comprender lo que pasó por mucho que se esfuerce. Intentar entender la lucha entre el stalinismo y el trotskismo y, por la tanto, la evolución del Estado soviético, con todo lo que supuso en el movimiento obrero y en la política internacional, en las páginas del ilustre académico resulta sencillamente una quimera. En fin, todo un ejemplo de historiografía pedagógica.

Para explicar la complejidad que era crear el Partido Comunista en los Estados Unidos dado que la clase obrera estadounidense estaba fraccionada en múltiples nacionalidades, que las leyes perseguían brutalmente al movimiento obrero y que la burguesía contrataba a matones armados con rifles para custodiar las fábricas, dice cosas tan reflexivas como estas sobre

la militancia comunista: “todos los esclavos causaban un sinfín de problemas” aunque “los judíos eran los más amigos de polémicas” (p.180). Si el lector quiere más adelante buscar la explicación del nacimiento del Socialist Workers Party (SWP), que surge de antiguos cuadros y militantes del PC, que no se canse, no existe. Eso sí, leerá que “el joven James Cannon, que después abandonaría el partido y se uniría a los trotskistas” (p.181) lo cual es inexacto: no abandonó el partido sino que lo expulsaron y no se unió a los trotskistas sino que él será uno de los fundadores del SWP. El insigne académico no da correctamente ni datos elementales. A estas alturas esperar del autor una explicación del comunismo estadounidense es una esperanza vana. Posiblemente esto sea debido a que el SWP criticó con contundencia al stalinismo, a que participó en movilizaciones obreras como las grandes huelgas de Minneapolis y a que fue el partido más importante de la IV internacional en vida de Trotsky. Así, si hubiese hablado del SWP perdería fuerza la mofa y befa que el autor descarga sobre el PC estadounidense al que en el texto hace aparecer como el representante del “comunismo” en los EEUU, cuando sólo era un apéndice stalinista.

En el capítulo titulado “entender el comunismo” se puede hacer cualquier cosa menos comprenderlo. De lo que se trata es, como en el resto del texto, de dar una visión maniquea de los bolcheviques. Estos, además de fanáticos, son unos mentirosos que carecen de cualquier capacidad de crítica. Así, los bolcheviques “ocasionalmente admitieron haber fracasado en impedir distorsiones burocráticas, pero por lo general afirmaron que estaban realizando el sueño de Marx y Engels (...). De manera ocasional, Lenin y otros dirigentes del partido soltaron la verdad: que la política se caracterizaba por una dictadura del partido; pero normalmente preferían correr un velo sobre la realidad” (p.191). Parece que al autor le importan un bledo las contundentes y reiteradas y conocidísimas críticas de Lenin, Trotsky y otros camaradas. Por ejemplo, hay un documento que es archiconocido en la historiografía, el Programa de los 46, a través del cual eminentes cuadros bolcheviques critican con contundencia a la troika dirigente formada por Zinóviev,

Kaménev y Stalin. En este texto del 15 de octubre de 1923 se afirman cosas como las que siguen: “la incapacidad de la jefatura del partido, tanto en el dominio económico como en las relaciones internas del partido. El carácter ocasional, superficial y carente de sistematización de las decisiones del comité central, que no ha conseguido poner orden en el dominio económico (...). Nos enfrentamos con una crisis crediticia (...); nos enfrentamos con la paralización de las ventas de artículos industriales (...); nos enfrentamos con la imposibilidad de ejecutar el programa de exportación de grano (...); nos enfrentamos con los precios extremadamente bajos de las subsistencias, los cuales perjudican al campesinado (...); nos enfrentamos con desigualdades en el volumen de los salarios (...). Estos son algunos de los elementos de la crisis económica, crediticia y financiera que ya empezado (...). Si en el futuro inmediato no se cambia radicalmente esta situación, la crisis económica de la Rusia soviética y la crisis de la dictadura fraccional dentro del partido asestará rudos golpes a la dictadura de los trabajadores de Rusia y al Partido Comunista Ruso”. Esta es una de las muchas críticas desde dentro del propio Partido Bolchevique a su propia dirección. No obstante, el docto académico en vez de explicar qué parte del partido y por qué hace estas críticas no sólo las obvia sino que invierte lo sucedido para no tener que explicar por qué se deformó el Estado soviético y quién llevo a cabo su deformación. Claro, entonces tendría que explicar que estos bolcheviques-leninistas eran los que mantenían el programa comunista por lo que serán posteriormente asesinados por miles por orden de Stalin en los campos de Kolyma y Vorkuta, que nuestro insigne académico ni mencionará cuando hable por extenso de Stalin. Curiosamente, no le gusta utilizar la palabra “stalinismo”, en cambio sí afirma que Stalin pudo ejercitar sus crímenes recurriendo “a la despiadada ideología del leninismo” (p.220), con lo que induce a considerar que Stalin fue el continuador político de Lenin.

El autor ya ha convertido a Stalin en el continuador de Lenin ahora le queda convertir a los opositores a Stalin en semejantes a él. Para amalgamar a los opositores a Stalin con el propio Stalin primero dice que “se habrían probado otras variantes del modelo si Trotski, Zinóviev o Bujarin hubieran triunfado en la sucesión

política; pero es difícil saber qué alternativa habría desarrollado cada uno de estos otros posibles líderes” (p.223). Para el lector estos líderes, lo que eran y lo que proponían, son un enigma porque ni la lucha entre las diversas fracciones ni sus programas están explicadas en ninguna parte de la obra. No obstante, la esencia de la amalgama, de la mezcla interesada de contrarios, viene a continuación: “la cuestión importante, empero, es que aprobaban muchas características de la URSS de Stalin” (p.223), tesis hiperbólica que reiterará en las páginas siguientes. Así, qué más da que hubiese gobernado Stalin, Trotsky o Bujarin si en lo esencial estaban de acuerdo. Esto es una burda manipulación que se le presenta al lector ya que hoy es más que sabido en el mundo historiográfico que Trotsky representaba la continuación del programa de Lenin, el socialismo, razón por la cual él y sus seguidores fueron asesinados.

El docto académico siempre equipará la Rusia de Stalin y de sus sucesores al comunismo. Así, su libro no gustará del empleo del concepto “stalinismo” ya que está interesado en presentar aquel Estado usufructuado y deformado por la casta burocrática como comunismo. De ahí que incurra apostas en errores conceptuales obvios como es el caso de “Estados comunistas” (pp., p.e., 8, 232, 427) cuando para los marxistas, y esto lo sabe cualquier historiador, eso es un imposible porque el comunismo es una sociedad sin clases sociales y sin Estado. En esta misma línea de confusión estará la gratuita afirmación de que al parecer Stalin pensaba de sí mismo que “sería el líder que haría avanzar la Revolución de Octubre” (p.209), y ante esto el autor sólo apuntó que al jerarca “le irritó la pulla de Trotski de que él era el «sepulturero» de la Revolución” (p.208). ¿De qué era Stalin para Trotski el «sepulturero? De la Revolución de Octubre. ¿Por qué? Porque estaba sepultando el socialismo emergente. Esta argumentada acusación de Trotsky en una reunión del partido es un dato que hoy en día figura en un sinfín de libros. ¿Por qué el eminente académico tiene un discurso narrativo liso y no causal? Nos responde él mismo: “la hipocresía existe en mayor o menor medida en todas las sociedades; una dosis de ella es frecuentemente un lubricante necesario para el funcionamiento de las relaciones sociales” (p.235). Efectivamente, la hipocresía de

los gobernantes y de sus ideólogos es un lubricante para el funcionamiento de la sociedad clasista.

Hay un pasaje que considero que nos ilustra a la perfección sobre la gran capacidad teórica del docto académico. Es aquel donde afirma que Lukács en su obra *Historia y consciencia de clase* se expresa en una “terminología hegeliana impenetrable para cualquiera que no tuviera un doctorado en filosofía” (p.205). Quizá es que no puede comprender reflexiones de la obra tan complejas como esta: “es vital para la burguesía entender su orden productivo como si estuviera configurado por categorías de atemporal validez, y determinado para durar eternamente por obra de leyes eternas de la naturaleza y la razón; y, por otra parte, estimar las inevitables contradicciones no como propias de la esencia de ese orden de la producción, sino como meros fenómenos superficiales”. Caramba, ¡qué texto tan enmarañado!

Afirmar que “Stalin insistía en que absolutamente todos los partidos comunistas trabajaran para llevar a cabo una rápida revolución en sus países” (p.240) es deformar por completo el proceder de Stalin ya que este jamás quiso que triunfara ningún proceso revolucionario (ni la revolución alemana, ni la china, ni la española) por la sencilla razón de que eso equivaldría a cuestionar el papel de la casta burocrática en la Unión Soviética ya que dicho estamento sólo podía mantenerse en el poder con las derrotas políticas de la clase trabajadora y no con sus victorias. No obstante, el propio autor afirma más adelante que “Angelo Tasca, un comunista italiano de espíritu independiente, declaró que Stalin era «el portaestandarte de la contrarrevolución»” (p.243). En la página siguiente nuestro docto académico insiste, acertadamente, en esta vía: “Trotski señaló asimismo que la política exterior de Stalin no implicaba en modo alguno abandonar el compromiso de construir el «socialismo en un solo país»” (p.244). Si a esto le añadimos que en Francia, en palabras del autor, “se prohibió la acción revolucionaria” (p.250) por la IC, y que “el antifascismo había sustituido a la revolución socialista como objetivo estratégico inmediato” (p.252), es del todo imposible que fuera el propio Stalin el que insistiera en llevar a cabo la revolución en otros países. La contradicción narrativa del propio Robert Service salta a la vista, una vez más,

en su propio texto. Después de todo esto aseverar que “el Politburó de Stalin podía afirmar razonablemente que estaba dirigiendo la política exterior como lo habría hecho Lenin” (p.254) es, sencillamente, un insulto a la inteligencia del lector. Pero es que el intento de amalgamar a Stalin con Lenin no cesa, por lo que en la página 257 el autor afirma algo tan absurdo como lo que sigue: “Stalin, como Lenin, negaba en cierto modo que las premisas de la doctrina fueran susceptibles de reconsideración”. Uno no puede dejar de sorprenderse de cómo una persona que ha hecho una biografía de Lenin, por lo que se le supone una mínima información sobre el biografiado, puede decir tales barbaridades. La explicación de este aparente absurdo reflexivo está en que Robert Service quiere presentar a Stalin como el continuador de Lenin, algo que ya intentó el stalinismo. Convertir al stalinismo en sinónimo de comunismo es un constante empeño del eminente académico, realmente su leitmotiv. Robert Service no quiere recoger la crítica al stalinismo, quiere enterrar el comunismo.

En su texto no se encontrará ni una referencia medianamente seria, rigurosa, a la denuncia que los marxistas hicieron del horror y de la escolástica stalinistas. Al revés, se introducen sesudas afirmaciones académicas como esta: “y el trotskismo, a pesar de condenar «la escuela estalinista de falsificación histórica», poco hizo por alterar los ingredientes esenciales” (p.263). Así puede escribir más adelante, sin sonrojarse, que “todos los trotskistas afirmaban sostener procedimientos «democráticos» en sus organizaciones internas. La realidad era más autoritaria” (p. 282), tanto que Trotsky “dirigió la Cuarta Internacional con más firmeza de la que había exhibido Lenin en controlar la facción bolchevique en los años de emigración” (p. 282). Por supuesto, no da ningún ejemplo, por pequeño que sea, el lector se conformará con su infalible autoridad académica. Además, Trotsky tenía tan pocas luces que “carecía del conocimiento íntimo necesario para dar órdenes sensatas a sus acólitos en Francia, Alemania y Estados Unidos” (p. 282), así no es de extrañar que asegure que “el estalinismo lo estaba haciendo mejor” (p. 283). ¿Para quién? Para “los miles de miembros que habían fracaso en su escolaridad” (p.284). Sigo con la cita porque no tiene desperdicio, véase lo que podían aprender esos “miles de

miembros” en el partido: “personas inquisitivas de clase obrera obtuvieron un sentido de valor de ellos mismos. Reclutas de origen judío descubrieron que su práctica en diseccionar pasajes polémicos del Talmud les preparaba bien para la discusión de los aspectos más sutiles de los textos de Marx. Las tradiciones de las denominaciones protestantes del cristianismo también ayudaron a muchos recién llegados a los partidos. Los comunistas que habían estado acostumbrados a hablar en capillas metodistas o congregacionales manejaron la transición a la actividad política de extrema izquierda con notoria facilidad; y tenían la costumbre de construir su argumentación haciendo referencia a textos sagrados” (p.284). Decididamente nuestro magno académico no tiene desperdicio, navega por el reino de la metafísica con una naturalidad pasmosa. Ante un pasaje así estimo que lo más correcto es recomendarle a nuestro eminente académico lo siguiente: *cuando escriba, no beba*.

Buscar las líneas maestras de la Revolución española en el texto del afamado académico es un imposible. Ni el empeño más apasionado podría servir para encontrar la orientación más ligera, y eso que la Revolución española fue la revolución social derrotada más importante de la historia europea y el prólogo a la Segunda Guerra Mundial. Eso sí, su falta de cualquier apunte explicativo no le impidió poner un texto tan casuístico como este: “agentes soviéticos que trabajaban para el NKVD o la Komintern, supuestamente (sic), ordenaron la tortura y la ejecución del líder del POUM Andreu Nin por trotskista y contrarrevolucionario. Este hecho no está demostrado más allá de toda duda (sic)” (p.274).

Robert Service nunca da en su texto entrada a la opinión de los comunistas (marxistas) ya que esto desvirtuaría su técnica de equiparar stalinismo con comunismo. La amalgama Lenin-Stalin es una constante. La utiliza incluso cuando escribe sobre el pacto nazi-soviético, equiparando la llamada a la “guerra civil contra la burguesía” de Lenin ante el estallido de la Primera Guerra Mundial con la llamada a la obediencia que hace Stalin a los pecés una vez que firmó el acuerdo con Hitler: “como Lenin en 1914, Stalin estipuló que el marxismo exigía rechazar el servicio militar o cualquier otro apoyo a los gobiernos nacionales”

(p.304). Así mismo equipara el que no todos los marxistas rusos estuvieran de acuerdo en abogar públicamente por el “derrotismo” de Lenin, porque, con sus palabras, “el mal menor sería la derrota de la monarquía zarista, el gobierno más reaccionario y bárbaro”, con la resistencia que en los propios pecés encontró Stalin al firmar el pacto con Hitler: “igual que Lenin no había logrado convencer a muchos camaradas rusos en 1914, muchos comunistas en el Reino Unido no tenían estómago para obedecer las órdenes de la Komintern” (p.304). Estas analogías son producto exclusivo de la mente del autor, equiparaciones bajo cuerda que no resisten el más elemental contraste. Quizá a estas alturas habría que recordarle al afamado académico que una de las técnicas de la historiografía stalinista era la aseveración de lo inexistente.

La época de la Guerra Fría la trata nuestro querido académico con información empírica no procesada y, como no podía ser menos, sin hacer mención a que la Unión Soviética y sus satélites estaban gobernados por una casta burocrática que usufructuaba la riqueza generada por la clase trabajadora al mismo tiempo que prostituía el socialismo y escolastizaba el marxismo. Tampoco parece comprender el docto académico que la “coexistencia pacífica” (p.441) era la prolongación natural para las nuevas hornadas de burócratas del “socialismo en un solo país”, lo que suponía ratificar la renuncia a la revolución socialista, por lo que es un sinsentido afirmar que “Moscú y otras capitales comunistas continuaron abogando por la «lucha de clases»” (p.451). Fue precisamente esta renuncia la que llevó al derrumbe del “socialismo real” ya que a nivel planetario o triunfa un sistema u otro y mal podía triunfar el socialismo cuando la casta burocrática lo imposibilitaba. Con este nivel teórico es normal que nuestro académico anote acríticamente que “según Stalin, no había peligro grave de contrarrevolución” (p.349). No, peligro no había ya que la contrarrevolución stalinista era un hecho. Contrarrevolución que Robert Service se empeña en denominar “comunización” (pp., p.e., 379 y 386).

A pesar de dar interesantes fuentes sobre las relaciones de Stalin con altos jerarcas de la extinta Komintern y de afirmar algo tan correcto como que “tanto Thorez como Togliatti

comprendieron que el Kremlin estaba limitado por los intereses de la URSS” (p.367) y que “los comunistas italianos estaban convencidos de su capacidad de conquistar el poder (...). En cambio, Togliatti les dijo que había que dejar de lado las esperanzas de una insurrección dirigida por los comunistas” (p.368) y que “el Partido Comunista Francés siguió la misma línea. Thorez afirmó: «Producir es hoy la forma más elevada del deber de clase, del deber de los franceses». Manifestó esto en el norte de Francia, en una asamblea de mineros que esperaban que los guiara en huelgas y manifestaciones” (p.368) y de informar sobre la falta de apoyo decidido de Stalin a los comunistas griegos mientras que las fuerzas monárquicas “contaban con abundante ayuda de Estados Unidos” (p.374), el autor se empeñará a lo largo de su obra con equiparar stalinismo a comunismo. Ni la obviedad de sus fuentes le permiten al docto académico comprender que la burocracia stalinista y post-stalinista estaba interesada exclusivamente en conservar el statu quo y no en fomentar la revolución, que donde se vio implicada fue porque no le quedó más remedio y que lo hizo como un ejercicio de contención y no de confrontación. Lenin y Trotsky siempre abogaron por la revolución socialista mundial mientras que la casta burocrática siempre accionó con el único interés de mantenerse en el poder. De aquí la claridad teórica de Lenin y Trotsky y su carácter revolucionario y el empirista zigzag de las diversas generaciones burocráticas y su carácter contrarrevolucionario.

Robert Service señala que el triunfo de la Revolución china en 1949 es “la segunda gran fecha en los anales del comunismo del siglo XX” (p.397). Efectivamente, fue la segunda gran revolución social triunfante del siglo XX, y en el país más poblado del planeta. En Asia hay un antes y un después de esta revolución. La República Popular China posibilitó que Catay pasase de ser una nación cuyos despojos se repartían los países imperialistas a un Estado soberano. La China de la dinastía manchú tenía algo en común con la Rusia zarista, eran realidades subdesarrolladas, sometidas al dominio del capital extranjero. Paradójicamente, la influencia de la URSS stalinista fue determinante cuando Stalin nunca había querido el triunfo de la

revolución social en China. A pesar de esto la República Popular China tuvo como modelo a la Rusia de Stalin y por culpa del triunfo de la contrarrevolución stalinista en la Unión Soviética la revolución china empezó donde había terminado el proceso revolucionario ruso, lo que será determinante para su posterior desarrollo. Nuestro querido académico no lo explica así.

A la Revolución húngara de 1956 la despacha rápido el docto académico. En dos breves párrafos da algunos datos empíricos conocidos pero nada dice del programa de los revolucionarios húngaros, de lo que pretendían. Simplemente la califica de “embrollo” (p.440). Nos da la sensación de que la causa de su parquedad narrativa está en no querer explicar las líneas generales de la revolución húngara. Así, es inútil buscar en su texto el corazón político del levantamiento, como la clase trabajadora se organizó en consejos obreros que pedían que la propiedad de las fábricas fuera colectiva, que se crease una milicia obrera y que se diese un sistema plural de partidos socialistas. Ni tampoco se leerá ninguna referencia a la simbiosis entre la intelectualidad y los obreros, intelectualidad que ratificará los deseos políticos de la clase trabajadora proponiendo el reconocimiento de los consejos obreros, del derecho de huelga, de la propiedad colectiva de las fábricas, el restablecimiento de sindicatos obreros y la pluralidad electoral socialista.

Al tratar de la parcial desestalinización de Jruschov no hay ninguna sugerencia reflexiva de que fue la última oportunidad que tuvo la casta burocrática de autorregenerarse. Mucho menos podría sugerir el autor que esta regeneración solo hubiese sido posible socializando el sistema, en la línea que ya había indicado la revolución húngara. Brezhnev supuso ya la osificación de la burocracia, algo que sí se puede intuir en el texto de nuestro académico cuando se lee que este jerarca “propugnó el objetivo de la «estabilidad de cuadros»” (p.451).

De los conflictos entre los “estados comunistas”, cuyo paradigma fue el enfrentamiento entre la Unión Soviética y la República Popular China, anotado de pasada en la página 449, no se encontrará ni tan siquiera un intento de explicar por qué supuestos Estados socialistas se enfrentaban unos con otros en vez de ser solidarios entre sí, a pesar de que “el maoísmo

compartía muchos conceptos básicos, prácticas y estructuras con la URSS” (p.476). La esencia de la respuesta está en que las castas burocráticas tenían intereses nacionales propios por lo que no estaban interesados en la solidaridad internacionalista sino en el control de sus parcelas. Pero lo más que se puede esperar del autor es que escriba cosas como que “el dominio de Mao sobre el Politburó se hallaba en su punto más alto y el Gran Timonel era tan autoritario como Stalin en sus ideas y métodos” (p.464). El por qué de este autoritarismo que lo busque el lector en otra parte.

La revolución cubana está tratada en el capítulo veintinueve. Aun centrándose en la figura de Castro no explica su evolución de martiano a marxista ni, mucho menos, las razones por las cuales la revolución cubana pasó de democrática a socialista. Así, vemos instalado “el primer estado comunista en la historia de las Américas” (p.480) por ensalmo. La relación de Castro con la dirigencia soviética no tiene ni tópicos, más bien ocurrencias narrativas. Para explicar el desembarco del contingente contrarrevolucionario dirigido por la CIA en Bahía de Cochinos, a la que “Kennedy había dado su aprobación casi informalmente” (p.481), no se le ocurre otra cosa que decir “que las autoridades cubanas pagaron caro burlarse de Estados Unidos” (p. 481). Con parecidos recursos didácticos explica la llegada de asesores soviéticos a la isla: “cuando la dirección soviética envió «especialistas económicos» para aconsejarlos, los cubanos los recibieron educadamente, pero no los escucharon. (No fue un problema para los especialistas, que consideraron su estancia en la soleada y musical Cuba como un privilegio exento de trabajo)” (p.482.). Con esta hondura reflexiva va explicando el proceso revolucionario cubano. Ya nos podemos hacer una idea de cómo va a ilustrar la relación de la Revolución cubana con la URSS burocratizada: “Él (Castro) y Jruschov eran como dos gotas de agua después de sus primeras conversaciones, de las cuales surgió la crisis de los misiles de octubre de 1962” (p.483). La importancia que la Revolución cubana tuvo para América Latina y las esperanzas que suscitó en la izquierda occidental son sintetizadas así por nuestro estimado académico: “el atractivo de Cuba en la izquierda política global como un alternativa comunista al orden soviético fue en pronunciado declive (...).

Castro se alejó de la atención mundial hasta que, en 1975, encontró una salida para el compromiso revolucionario ayudando los esfuerzos del Movimiento Popular de Liberación de Angola” (p.486). Del Che Guevara prácticamente no habla, será por su ínfima importancia. Después de indicar que las condiciones sociales y culturales mejoraron para los “pobres” y los “negros” nos regala esta afirmación: “aun así, la mayoría de los miembros de su sociedad ardían en deseos de derrocar a Castro” (p.487). Esta es la esencia de su explicación sobre el proceso revolucionario cubano, una gran síntesis.

Las trabas que puso la casta burocrática para que los ciudadanos de los países de “socialismo real” no probasen la “fruta prohibida de Occidente” (p.501) fue una de las razones que posibilitó que esos mismos ciudadanos idealizaran el capitalismo, donde creían que el dinero estaba, prácticamente, debajo de las piedras. A nuestro buen académico su sagacidad no le debió permitir percibir esta idealización en sus frecuentes viajes detrás del Telón de Acero, rápidamente detectable por cualquier visitante atento. Si los ciudadanos del Este hubiesen conocido verdaderamente la realidad “democrática” es razonable pensar que sus luchas en el “socialismo real” no hubiesen sido para instalar el capitalismo. Esto me recuerda un pedagógico chiste de dos ciudadanos del Este, ya inmigrantes en el Oeste, rememorando discursos de los burócratas: *-Oye, todo lo que nos decían del socialismo era mentira. –Sí, y todo lo que nos decían del capitalismo era verdad.*

Hay una amalgama que es especialmente lastimosa para alguien que se considere historiador, cuando sugiere, sin nombrarlo, que el GULAG stalinista, los campos de exterminio como Kolyma y Vorkuta, donde Stalin y su canalla asesinaron por miles a los bolcheviques-leninistas, tanto a los viejos, los compañeros de Lenin, como a los jóvenes, la generación de octubre, fuera ya un producto de la Rusia de Lenin. Leámosle: “las truculentas técnicas de detención, interrogatorio, «confesión» y trabajo forzado se remontaban hasta la Revolución de Octubre” (p.516). Las medias verdades siempre son la pantalla de una interesada mentira. Así se explica que a lo largo de esta dilata obra cuando se mencione a Vorkuta sea de pasada, y no para

denunciar sus horrores: “A Wallave (secretario de agricultura de los EEUU) (...), lo invitaron al campo de trabajo de Vorkuta, donde inspeccionó el programa de rehabilitación (?) de prisioneros” (p.293), mientras Kolyma ni aparece. ¿Por qué esta omisión? Es lícito pensar que como aquí se asesinaron comunistas que acusaban a Stalin de anticomunista no le sirva al autor para su amalgama stalinismo igual a comunismo.

Al docto académico le aflora la vena carca y el esquema apriorístico cuando critica gustos y actitudes que él atribuye a los militantes de la extrema izquierda, y además en exclusividad. Veamos dos ejemplos: “la generación de occidentales a la que le gustaban las minifaldas, el pelo largo y las drogas alucinógenas respondía positivamente a las solemnes perogrulladas de Mao” (p.522). Segundo, “Tariq Ali, un desordenado estudiante de Oxford con talento para los discursos improvisados” (p.524). No salen mejor parados intelectuales de la izquierda de reconocido prestigio en su tiempo como Sartre, Marcuse y Althusser que “eran maestros de estilo grandilocuente y nunca trataron de elevarse a las alturas de Marx y Engels en sus momentos de inspiración. Ninguno de ellos elegiría un monosílabo si podía descubrirse o crearse una palabra más larga” (p.520). En fin, sigamos con el “desordenado estudiante” Tariq Ali. Nuestro ínclito historiador afirma que “Ali discutió en vano con Lennon” (p. 524). La prueba, según nuestro académico, reside en que en la canción *Revolution* Lennon afirmó que cuando se habla de destrucción “¿no sabes que no puedes contar conmigo?” (p.524). Claro, nuestro autor no recoge la reflexión que hace Lennon en su entrevista con Tariq Ali y Robin Blackburn, entrevista que está colgada en Internet. En ella Lennon dice: “Revolution. Hubo dos versiones de esa canción, pero la izquierda del underground sólo escogió la que decía «no cuenten conmigo». La versión original que apareció en el LP decía también «cuenten conmigo»; puse las dos cosas porque no estaba seguro (...); pero cometí un error, sabes. El error fue que era contrarrevolucionario. En la versión publicada como single decía «cuando hables de destrucción no cuentes conmigo». Lennon, Tariq y Robin no discutieron en vano estimado académico, reflexionaron.

El año 1968 presenció como masas de trabajadores y estudiantes cuestionaban el “socialismo real” y la democracia capitalista. En Checoslovaquia se dará la Primavera de Praga que será matada en flor por la invasión de fuerzas del Pacto de Varsovia comandadas por el ejército soviético en un ejercicio que dará comienzo al proceder brezhneviano de la “soberanía limitada” de los países sometidos a la órbita del Kremlin. Esta invasión, que contó con la condena de los gobiernos de la Rumanía de Ceaucescu, de la Albania de Enver Hoxha y de la Yugoslavia de Tito, será el intento postrero de implantar el socialismo en las osificadas “democracias populares”. En el corazón del capitalismo se dará su directo cuestionamiento a través del Mayo francés, donde la “huelga general más potente del siglo XX” (Daniel Bensaid) llevó a De Gaulle a pensar que la toma del poder por los comunistas era un hecho, mientras que en los EEUU a la importancia social de lucha de la comunidad negra por sus legítimos derechos civiles, que se hizo mundialmente conocida tras el asesinato de Martin Luther King y el episodio osadamente reivindicador de los dos atletas negros levantando sus puños negramente enguantados en el podium de los Juegos Olímpicos (México), había que sumarle las movilizaciones contra la Guerra de Vietnam. Allí la ofensiva del Têt, que llegó hasta ocupar por seis horas la embajada de los EEUU en Saigón, todo un efecto mediático ya que la noticia dio la vuelta al mundo, convertía a Vietnam en el símbolo de la resistencia antiimperialista. El “patio trasero” de los EEUU también se vio convulsionado cuando la huelga de los estudiantes mexicanos, que reclamaba democracia por parte de los aparatos del Estado, fue represaliada de forma atroz al ser asesinados alrededor de 300 estudiantes en la Plaza de Tlatelolco, en México DF, lo que supuso el descrédito de un Estado priísta que se presentaba como el árbitro entre las clases.

¿Cómo trata nuestro docto académico este emblemático año de 1968? Sencillamente, no lo trata. Escribirá muy poco y por partes y sin interrelacionarlas nunca. Menciona la Primavera de Praga pero sin ir más allá de dar algún que otro dato empírico como que “Novotný fue obligado a abandonar el gobierno en enero de 1968 y Alexander Dubcek asumió el mando del partido

comunista” (p.534), pero si dar ninguna explicación del proceso, y menos por la base, aunque hay que agradecerle que apunte que el objetivo básico de Dubcek “consistía en desarrollar «un nuevo modelo de sociedad socialista, profundamente democrática y adaptada a las circunstancias checoslovacas»” (p.534). Así, cuando más adelante afirme que “la invasión de Checoslovaquia fue un desastre para el comunismo” (p.538) el lector puede interpretar que, efectivamente, fue un desastre para el comunismo, en sentido estricto, porque mató de raíz el último intento de instalar el socialismo en el glacis soviético, aunque en la terminología del autor lo que quiere decir es que fue un desastre para los regímenes burocráticos, y esto también es cierto porque aquí se hace definitiva la osificación del andamiaje burocrático que se partirá en el siguiente empuje, pero esto lo razonamos nosotros no él. El Mayo francés no lo trata como tal sino que lo menciona de pasada, cuando se pone a hablar sobre el PCF: “En 1968, toda Francia se incendió con las huelgas de obreros y las manifestaciones de estudiantes. El Partido Comunista Francés permaneció distante, negándose en particular a aliarse con los estudiantes «burgueses» y negándose –justificadamente- que existiera una verdadera situación revolucionaria en el país” (p.543). Entonces, ¿por qué se preocuparon tanto De Gaulle y la burguesía francesa? ¿Por qué la patronal tuvo que firmar acuerdos con los sindicatos sobre la reducción de la jornada laboral, el aumento de salarios, la anticipación de la jubilación? ¿Por qué De Gaulle se vio obligado a convocar elecciones? Y en primer lugar, ¿por qué “toda Francia se incendió con las huelgas de obreros y las manifestaciones de estudiantes”? Ni principio, ni desarrollo, ni final, ni fuerzas sociales, ni organizaciones políticas y sindicales, ni programas. Curiosamente, sólo una pincelada para mencionar la *cordura* del PCF. Sobre el proceder de las tropas estadounidenses en Vietnam sugiere que si hubiesen utilizado “armas nucleares” habrían obligado a los comunistas vietnamitas a la negociación. Leamos esta perla del MacArthur de la historiografía: “sus propias operaciones armadas hicieron que el Vietcong apareciera como un grupo de patriotas dedicados; y aunque bombardearon con regularidad Hanoi –la capital del norte- y cortaron las líneas de suministro, se contuvieron de usar

armas nucleares que habrían llevado a Ho (Chi Minh) a la mesa de negociaciones” (p.561). Sobre la evolución del régimen vietnamita tiene una reflexión harto curiosa: “la dirección comunista de Le Duan siguió un programa de expansión de su influencia regional (...). Tenía las tropas. Tenía el descaro y la experiencia, así como *una tradición nacional de agresión de sus vecinos*” (p.563). ¿Un país sometido primero por el imperialismo francés y a continuación por el estadounidense tenía “una tradición nacional de agresión de sus vecinos”? En fin, leer para creer.

Si bien sigue siendo un imposible comprender un proceso revolucionario en el texto del autor de forma autónoma, por su propia información y reflexión, si aislamos algún pasaje que habla de la Revolución chilena hasta nos puede ser útil. Parece como que “aunque Allende hablaba con frecuencia de su «vía pacífica» al socialismo, no había garantías de que cumpliera con su palabra” (p.568), debió ser por esto por lo que la CIA orquestó el Golpe de Estado de Pinochet. Aunque quizá la clave esté más en este otro comentario: “el gusto de Allende por la participación popular indujo a algunas fuerzas obreras a tomar el control de sus empresas y echar a sus patrones” (p.569). Veamos otro par de sugerencias. Primera, “si no detenía a las elites tradicionales de Chile, Allende corría un riesgo continuo de ser derrocado en un golpe de estado” (p.570). Segunda, “Allende pensó que se había cubierto las espaldas al nombrar a un oficial apolítico (sic), Augusto Pinochet, para dirigir las fuerzas armadas. Fue un error de juicio catastrófico (...). El secretario de Estado de Estados Unidos, Henry Kissinger, conocía mejor que Allende las inclinaciones del general. Con su aprobación, la CIA canalizó la ayuda necesaria para un asalto con éxito al poder. Pinochet dio el golpe el 11 de septiembre de 1973” (p.570). Por cierto, el autor no puede sacarle partido reflexivo ni a sus propias notas ya que su anticomunismo se lo impide, porque ocurra lo que ocurra y pase lo que pase siempre “el gobierno comunista revolucionario demostró ser un callejón sin salida” (p.574). Esta es, en definitiva, la enseñanza que el autor le quiere transmitir a sus lectores.

El anticomunismo del insigne historiador aflora constantemente en su texto. No obstante, cuando llega a la altura

cronológica del presidente Reagan su explosión de alegría contenida por el fracaso del comunismo se desborda. Después de anotar con académico entusiasmo los apoyos que Reagan le dio a movimientos ultrarreaccionarios para contener a los soviéticos, a los sandinistas y al salvadoreño Frente Farabundo Martí y de informar, sin asomo de crítica, claro, que el ejército estadounidense invadió la minúscula isla de Granada, dice: Reagan “alabó al dictador militar corrupto de Guatemala Efraín Ríos Montt por estar «completamente dedicado a la democracia». Este no fue su comentario más convincente, pero demostró su determinación de vacunar la política mundial contra la infección comunista” (p.579). Todo sea en aras de salvar la democracia (burguesa). Y ya llega el momento del respiro supremo, por fin “la URSS llegó a su fin al dar la medianoche del último día de 1991 (...). Occidente se había impuesto y el comunismo soviético yacía postrado (...). La Revolución de Octubre, el marxismo-leninismo y la URSS habían sido arrojados a la papelera de la historia” (p.591). ¡Qué canto tan postrero del Fin de la Historia! Estimado académico, hoy ni el plumífero Francis Fukuyama se atreve a abrir la boca, ¿le va a relevar Vd.? Si es así le comento que ha perdido Vd. el tren de la Historia. Ya que se dedica a la Historia debería saber que ésta nos informa que ningún sistema político es eterno, y el capitalismo no es ninguna excepción. Tiene Vd. razón en una cosa “el capitalismo poseía una energía social y económica de la que carecía el comunismo” (p.585). En esto estamos totalmente de acuerdo querido académico, ningún sistema en toda la Historia ha tenido más capacidad para explotar a la especie humana y para esquilmar los recursos naturales del planeta. La preocupación hoy, querido académico, es que su muerte arrastre al conjunto de la Humanidad.

Conclusiones

Al movimiento comunista lo dividió el triunfo del stalinismo en la URSS, división que se consolidó con la victoria de la Unión Soviética sobre el nazismo. Para millones de trabajadores y para las bases de los pecés la URSS era la patria del socialismo, la

continuadora de la Revolución de Octubre. Para miles de cuadros marxistas la Unión Soviética era un Estado obrero deformado, defendible aún para unos e indefendible ya para otros. Millones de trabajadores y miles de militantes, querían el socialismo pero luchaban no sólo fraccionados sino enfrentados. Todo esto no merece ni una línea de atención para nuestro ínclito académico ya que él simplemente hace un revoltijo con stalinistas y comunistas, ejercicio simple que no puede explicar el complejo caminar de la Historia.

La caída de los países de “socialismo real” supuso el robo de la propiedad estatal por un sector de la casta burocrática con lo que pasó de ser usufructuaria de la riqueza nacional a ser propietaria de ella, mientras el otro sector, la burocracia desposeída, pasaba a conformar la mafia del este y a engrosar la mafia del oeste, mientras que los hijos de la clase trabajadora que emigraban iban a formar parte de la mano de obra barata del mercado laboral occidental y una buena parte de sus hijas se convertían en la materia prima del negocio de la prostitución en sus países o nutrían la democrática prostitución del mundo libre, además de darse una caída brutal en las condiciones económicas y sociales de los trabajadores del mundo occidental acompañada de su desesperanza política y de un incremento salvaje del poder y de la soberbia de la burguesía planetaria que llegó a sentenciar a través de sus plumíferos el Fin de la Historia. De esta forma no nos lo cuenta Robert Service, para quien la llegada de la democracia burguesa supone el colmo de las bendiciones.

El docto académico no se propuso en su obra indagar sobre las causas que llevaron a la deformación de la Revolución rusa y al nacimiento y derrumbe de las “democracias populares” ya que su interés se centró en hacer una amalgama entre el fenómeno stalinista y la aspiración comunista. Así, este texto de Robert Service no vale como aproximación al estudio de los regímenes de “socialismo real” y del dividido movimiento comunista, es inútil para comprender las causas de la degeneración del proyecto socialista e inservible como herramienta para acrecentar el conocimiento histórico, finalidad básica que debería perseguir todo trabajo historiográfico.

Sorprende en el texto la candidez con que Robert Service trata al sistema capitalista, al que a lo largo de su obra contraponen al “comunismo”. Su ejercicio de exaltación de la “democracia liberal” es continuo, completamente acrítico aunque formalmente pone de vez en cuando, aquí o allá, una pega blandengue, justificadora. Tal es su entreguismo intelectual que da la sensación de vivir en una burbuja, en otro mundo. A pesar de que es un libro reciente, la crisis del sistema capitalista que estamos viviendo parece que no va con él.

Su relación con el comunismo es de amor/odio. Lo odia pero escribe sobre él porque, posiblemente, no encontró nada más apasionante en el mundo de la historiografía. Para él los comunistas son de naturaleza perniciosos porque ansían controlar el poder y derribar la ideal democracia. Eso sí, se pone la mar de contento cuando sus comunistas trabajan en el seno de la democracia atendiendo el bien público pero, obviamente, siendo derrotados electoralmente por los demócratas. Es doloroso comprobar que los textos de un hombre que le dedica sus esfuerzos al estudio del comunismo no sirvan de nada para comprender el movimiento comunista.

Robert Service no tiene por norma incluir en sus obras el rigor conceptual y el análisis causal, lo cual tiene lógica porque su narración está preparada exclusivamente para la descalificación no para la explicación. Su producción historiográfica se caracteriza por una distorsión sistemática del proceso histórico. Lo consigue a través de una narrativa de un empirismo de medias verdades atosigante que un lector culto deberá procesar para aprovechar lo leído ya que sus obras están enfocadas para lectores de clase media que no estén interesados en comprender el contradictorio caminar del proceso histórico sino en reafirmar la certeza de que la “democracia” es el menos malo de los mundos posibles.

Este insigne miembro de la British Academy además de habernos obsequiado con sendas biografías de Lenin y Stalin, con una *Historia de Rusia en el siglo XX* y con la obra comentada nos amenaza todavía con una biografía de Trotsky. Normal, la burguesía no cejará en el empeño de distorsionar a través de sus aparatos ideológicos, mass media y escritores la comprensión del

proceso histórico para justificar su poder y proceder. Historia y Política se dan la mano ya que el presente se explica o se justifica en función del pasado por lo que la historiografía forma parte de la lucha política en el terreno de las ideas, como pone de relieve la producción “científica” de este docto académico.

Madrid, 28, marzo, 2009

Antonio Liz es autor de *Trotsky y su tiempo* (Sepha) y de *Octubre de 1934, insurrecciones y revolución* (Espuela de Plata)